



Que todo verdadero artista, y toda obra de arte cumple esos principios..., pero el cumplimiento escrupuloso de esos principios, y leyes, no producen la obra de arte. Recordemos, si no, las diferentes ocasiones en que hemos escuchado una misma sinfonia o contemplado el mismo cuadro.

Hay algo, todavía misterioso y oculto a los estudiosos, que produce ese pellizco emocional en contadas ocasiones y a pocos elegidos, ante una obra maestra; y es en ese momento de revelación, como un nuevo Pentecostés, cuando se acaban las palabras que lo expresarían, porque la comunión y diálogo entre el artista creador y el espectador tienen su propio idioma de entendimiento.

Y cuando eso ocurra ¡felicidades!

EL PROFESOR UNIVERSITARIO Y LA TRANSMISIÓN DEL CONOCIMIENTO

Dr. D. Antonio BASCONES MARTÍNEZ.

Tesorero y Académico de Número de la Sección de Medicina de la Real Academia de Doctores de España.

Podemos definir el conocimiento como aquel conjunto de saberes que adquirimos a lo largo de la vida y que, poco a poco, va llenando nuestras neuronas, impregnándolas de datos, ideas, conceptos, fechas etc. Es una pléyade de diferentes aspectos adquiridos en la lectura y el estudio; la biblioteca y sus anaqueles han servido para enriquecernos día tras día. Con todo ello hemos ido conformando, modelando lentamente nuestro cerebro, dotándole de un bagaje rico e intenso que con el tiempo deja un poso: la cultura. Ésta no es más ni menos que el conocimiento, adquirido con los años, que, aplicado a nuestro mundo, actúa como un armazón intelectual para barruntar y columbrar, en forma diferente, el mundo que nos rodea. Por otro lado, la sabiduría es innovadora y creadora. El sabio crea, el conocedor y el culto exponen y especulan.

El saber utiliza el substrato de los conocimientos, pero no de una manera estática, sino que los incorpora, analiza, interpreta, relaciona e integra en una red de pensamiento, y siempre de una manera dinámica. El hombre que posee una buena carga de conocimientos recibe el nombre de erudito, mientras que al que dispone de saberes se le debería llamar sabio.

La sabiduría, sin embargo, es otra cosa, es algo más. Es el conocimiento adquirido con los años, reposado con el tiempo (la cultura) y alambicado en nuestra experiencia personal, para después aplicarlo a la revisión y enjuiciamiento de los diferentes problemas que nos rodean. Personas cultas y con conocimientos no tienen por qué ser sabios. Éstos son algo distintos, pues necesitan de una reflexión personal, de una mirada diferente al mundo que nos rodea. Es una condición superior que hace al hombre más sensato en el saber y más justo en lo moral. Por ello la sabiduría no se queda sólo en el saber sino que tiene además una dimensión más importante, su contenido moral.

COMUNICACIONES Y RELACIONES

No existe sabiduría sin conocimiento, aunque lo contrario si puede ser, pues para el conocimiento sólo se necesita el estudio y el esfuerzo personal.

La sabiduría necesita, además, de un proceso de ensimismamiento profundo, de una manifestación de interiorización reflexiva importante.

El conocimiento sería la impregnación, lo exterior, y la sabiduría lo interior, lo ensimismado, lo reflexionado. Esto nos sirve para hacer una revisión de nuestra vida, del conocimiento recorrido y del que queda por recorrer, tomando ejemplo de lo bueno vivido y lo malo rechazado. Con ello lo porvenir tendrá otro enfoque, otra dimensión, más acorde con nuestro pensamiento. La sabiduría se alcanza cuando se dobla el recodo del camino y se lleva la vista atrás. El conocimiento se tiene cuando vemos camino por delante, cuando miramos al horizonte y todavía no hay camino que mirar, y si mucho por recorrer. Aquí se puede recordar la famosa frase de Antonio Machado "caminante no hay camino, se hace camino al andar".

Son el conocimiento y la cultura los que nos labran el camino, los que nos marcan el sendero por el que nuestra vida transcurre. Este sendero es un continuo fluir por el que avanzamos con pie, más o menos seguro, pero siempre adelante, hasta llegar al recodo. Al traspasar éste, viene la sabiduría, la reflexión, el intimismo personal.

Lain Entralgo decía "que en la senectud era necesario, para no ser socialmente inútil, el proyecto, el recuerdo y la revisión". El primero para seguir siendo persona, el segundo para estar cierto de que algo hemos sido, y el tercero para que el resultado del proyecto sea actual. En este pensamiento se encierra una filosofía aplastante y positiva. Si el viejo tiene un proyecto con ilusión, un recuerdo de su vida con prudencia, podría seguir siendo útil en la sociedad en la que vive.

Aquí es donde se plasmaría la sabiduría, para que el anciano pueda seguir manteniendo activo el proceso de incorporación de conocimiento, y su expresión a través de la boca, proyectándose en los que le rodean. La persona mayor tiene que tener presentes ilusiones, recuerdos y

revisiones, en un contexto de bagaje cultural y humanístico, dispuesto a enseñar, transmitir y, por qué no, a partir.

El anciano, que tiene la capacidad de sentir asombro y curiosidad, sigue siendo útil y, por tanto, sabio. El hombre que pierde la capacidad de asombrarse y la curiosidad pierde la vida, dijo Simone de Beauvoir. Por ello en el anciano pueden aparecer, espontáneamente, destellos de asombro y deseos de saber. La vejez aparece cuando los recuerdos pesan más que las ilusiones.

La sabiduría se encuentra después de una vida plena y la plenitud de la vida es patrimonio de la vejez. "Vita est longa si plena est" decía Séneca, y es que la vida del anciano es un conjunto de serenidad, sensatez, tolerancia, generosidad, comprensión y aceptación, lo que es el entramado necesario para que se incorpore el conocimiento y se llegue a la sabiduría. El viejo sabio posee la capacidad de enseñar lo que se debe hacer más que lo que se puede hacer y cómo hacerlo. La sociedad actual, tecnológica y del poder, camina hacia la imagen, consumo, prestigio, dinero, y con ello pierde su libertad y, por tanto, su felicidad. Esta sociedad necesita el poder y la imagen del joven, olvidándose del viejo, del Maestro como portador, no sólo de transmisión de conocimientos, sino también de saberes y referentes morales. El Maestro, pues, no sólo debe transmitir, sino también presentar un proyecto moral.

Pero la sabiduría necesita de la expresión, de la palabra. Es necesario transmitir el conocimiento, desde la perspectiva de la sabiduría, y para esto nada mejor que la palabra reflexiva y prudente. Los sabios griegos la utilizaban en el Ateneo, en los paseos, en las tertulias. La retórica, en su acepción clásica, es el arte del discurso o de la palabra, fraguada en la plaza pública, que era el centro neurálgico de la vida social, política comercial y cultural de la sociedad griega. Para los griegos la retórica, o el arte de hablar, era tan importante que los primeros oradores que se recuerdan eran de Grecia (Sócrates, Lisias, Licurgo, Demóstenes).

El conocimiento que se genera, a partir de los imperios egipcios, en la lejana China, en la India, en la Mesopotamia y en la confluencia del Tigris y Eufrates, llega a Roma y Grecia y, a partir



de esta influencia y merced a los fenicios en parte, llegan a España. Aquí, en los califatos de Córdoba y Toledo, en la Escuela de Traductores de Toledo, y gracias a las culturas cristianas, judías y musulmanas, se perfila y transmite de nuevo a la Europa central, concretada en la Escuela de Salerno, Bolonia, Padua y los conventos monacales de benedictinos y otras órdenes religiosas. El mundo es una encrucijada cultural, un encaje de idas y venidas, de ideas, conceptos, descubrimientos, y para ello nada mejor que la vieja Europa, de cuyo armazón cultural se derivó el conocimiento actual.

La transmisión de esta cultura helenística hoy día se está suplantando por Internet, pero siempre quedará la transmisión del conocimiento por la palabra, en las tertulias; y en ello el sabio, el maestro, puede jugar un protagonismo muy importante. Su presencia actúa de revulsivo a la distancia. El sabio, el hombre de Ciencia, no aporta el dato en sí, sino que se involucra con él, con su significación, con el fin que el pensamiento progrese.

El sabio cincela la personalidad del discípulo, en él esculpe día a día, retazos de reflexión y conocimientos. Poco a poco, va modelando una personalidad basada en el intercambio bidireccional entre el maestro y el discípulo. Al fin y a la postre, es un arquitecto del conocimiento, lo crea, lo innova, lo reflexiona y lo transmite. Es dar carta de naturaleza a un simple conocimiento frío y estático, para transformarlo en dinámico, pues el conocimiento que no florece y que sólo impregna las cosas, no es vivo ni creativo. Toda transmisión debe ser dinámica y activa, y en ella el sabio es el principal conductor. El conocimiento que se transmite es aquél capaz de impulsar conocimiento.

Es la relación entre el Maestro y el discípulo un nivel más elevado que la relación entre el profesor y el alumno. Este es el docente que influye positivamente en el pensar, el sentir y el hacer del discípulo. La amistad pedagógica que llamaba Platón. El maestro debe ser no sólo fuente de saberes, sino también de ejemplos y valores.

El Maestro debe ser capaz de desarrollar en su discípulo la capacidad de asombro. Asombrado significa attonitus, es decir golpeado por el trueno. ¿Y no lo fue Fleming, al descubrir la

penicilina? Asombrarse requiere transitar despacio, mirar alrededor de uno mismo, observar los acontecimientos normales de la vida diaria. En una palabra, pensar, reflexionar y, después, conversar. Hoy día tenemos la posibilidad de asombrarnos ante todo, el vuelo de una gaviota, el florecer de una rosa, el amanecer en el mar del Caribe, y el atardecer en una estepa de África.

La Web es un área virtual que está suplantando el contacto directo entre el maestro y el alumno. Internet ha superado el ágora griega por la mayor capacidad de difusión del conocimiento, pero sin embargo, no tiene el contacto íntimo y personal bidireccional entre el sabio o maestro, y el alumno o discípulo. No gozan de la calidad y calidez, por qué no decirlo, de la palabra y de la tertulia. Atenas fue el centro del Arte, Ciencia y cultura, atrayendo a todos los pensadores dispersos por el mundo. Allí la cultura se transmitía en un bis a bis, en un enfoque bidireccional y personal.

En la palabra y, en suma, en la boca que la conforma, toman cuerpo las expresiones de los pueblos y sus identidades. Con el diálogo y la conversación se desarrollan las famosas tertulias, y así son famosas aquellas del café Pombo en Madrid, en donde, en amable discusión, se encontraban Ramón Gómez de la Serna con sus sugerencias, Díaz Cañabate con su finura dialéctica y Alfredo Marquerie que, dotado de un gran conocimiento, dialoga con Agustín de Foxá.

Con una buena conversación se pueden mitigar gran parte de los problemas que la humanidad presenta. Sólo la lectura, el conocimiento y su emisión hablada, es decir, la palabra, nos solucionará muchos problemas. Un cerebro que no puede proyectarse a través de la boca y la palabra será baldío. "Me niegan el pan y la palabra" dice Blas de Otero, como la expresión más intimista y personal del hombre.

En el viejo todo es silencio, todo recuerdo y la conversación es necesaria para mantenerlo vivo y activo. Morir no es más que un vaso que se vierte, una palabra que se pierde, una mirada que no llega a nadie. Y, como decía el poeta Leopoldo de Luis, "es un hombre que envejece en su casa. ¿Fue feliz en su vida?, será tan sólo un hombre que envejece, /mas tuvo la palabra ardiendo entre sus manos".